

LA FICCIÓN COMO FALSIFICACIÓN: MICHEL LAFON, *UNE VIE DE PIERRE MÉNARD*

Diego Vecchio

Al principio estaba, no el Uno como pretende la aritmética, sino el Dos, es decir, la repetición. El dos es dos veces uno. Aplicado a la literatura: al comienzo estaba no la escritura sino la reescritura, es decir, una serie. *Une vie de Pierre Ménard*, de Michel Lafon (Gallimard, 2008, ganadora del premio Valery Larbaud 2009), se inscribe en una serie de insignes ficciones que ustedes seguramente leyeron y conocen perfectamente, pero que yo quisiera volver a leer como si nunca las hubiera leído o, mejor aún, como si las hubiera leído y olvidado, para poder leerlas una vez más.

1588-1599: los libros plúmbeos de Sacromonte

El 19 de marzo de 1588, día de San Gabriel, mientras un grupo de albañiles trabajaba en la demolición del antiguo minarete de la mezquita mayor nazarí, llamada Torre Vieja y más tarde Torre Turpiana, para construir la tercera nave de la catedral de Granada, un tal Francisco Cano halló entre los escombros, no muy lejos de la tumba de los Reyes Católicos, una caja de plomo que contenía un hueso, un lienzo y un pergamino. El hueso pertenecía a San Esteban protomártir. El lienzo era el pañuelo con que la Virgen se había secado las lágrimas bajo la cruz. El pergamino, escrito en latín, castellano y árabe en los albores de la era cristiana, refería el viaje que había hecho San Cecilio –árabe, mártir y primer obispo de Granada– hasta Jerusalén, de donde había traído las santas reliquias junto a una profecía de San Juan Evangelista sobre el fin del mundo, interpretada por Dionisio Areopagita.

Este hallazgo fue el prelude de una serie de descubrimientos no menos sorprendentes. Entre 1595 y 1599, en medio de una atmósfera de fervor popular fueron encontradas a pocas leguas de Granada, en unas cavernas situadas en el monte Valparaíso –actualmente conocido como Sacromonte–, a orillas del Darro, otras reliquias acompañadas por unas láminas de plomo escritas en letra hispano-bética que aseguraban que San Cecilio, Mesitón, Hiscio, Tesifón y otros santos varones habían padecido martirio de fuego en aquel lugar durante el reinado de Nerón, junto a unos veinte libros de plomo, escritos en caracteres arábigos, que se dieron en llamar salomónicos. Las autoridades religiosas los mandaron traducir por Miguel de Luna y Alonso del Castillo, dos médicos granadinos, de origen morisco.

Para gran conmoción, los libros plúmbeos, atribuidos a un tal Tesifón Ibn Attar, árabe converso que había acompañado al apóstol Santiago en su viaje para evangelizar España y al mismo Cecilio Aben Alradi, contenían entre otras maravillas, un tratado sobre la Esencia de Dios, otro sobre la Naturaleza de los Ángeles, la Historia del Sello del Rey Salomón, la Predicación del Apóstol Santiago y sus Discípulos, una Vida de Jesús, otra de María, un Llanto de San Pedro después de haber negado a Nuestro Señor Jesús en el tiempo en que le crucificaron y la Historia de la Verdad del Evangelio, donde la Virgen le revela a Santiago que los árabes eran una de las más excelentes gentes y su lengua una de las más excelentes lenguas y que Dios los había elegido como pueblo para imponer su Ley en los últimos tiempos, después de haberlos considerados grandísimos enemigos.

Estos documentos no sólo confirmaban la presencia del apóstol Santiago en España en los albores de la era cristiana, sino también proclamaban que los primeros cristianos en España habían sido árabes –afirmación que echaba por tierra la división entre viejos cristianos y nuevos conversos, moriscos y no moriscos, por no decir entre el Islam y el Cristianismo–. Los viejos cristianos no eran tan viejos como lo pretendían y aquéllos que eran considerados como unos recién llegados a la fe se habían convertido al principio de la era cristiana.

Fueron convocadas varias juntas de teólogos para juzgar la falsedad o autenticidad de los libros plúmbeos. Durante más de un siglo hubo una viva polémica entre defensores y detractores. Los libros fueron examinados y trasladados de Granada a Madrid y de Madrid a Roma. En 1682, el

papa Inocencio XI terminó por declararlos falsos y heréticos. En el año 2000, el por aquel entonces cardenal Joseph Ratzinger comienza con su obra de restauración, restituyendo los libros plúmbeos al obispo de Granada, quien los exhibió en la catedral.

Se ignora a ciencia cierta quiénes fueron los autores. La historiografía oficial sospecha que no hubo un solo falsificador sino un equipo de falsificadores, entre los que se encontraban los mismos traductores: Miguel de Luna y Alonso del Castillo. Más allá de la querrela religiosa, más allá de los conflictos políticos, esta falsificación histórica no dejó de tener ciertas resonancias en la literatura. Mientras Miguel de Luna y Alonso del Castillo falsificaban los libros plúmbeos, Cervantes redactaba el *Quijote*.

1605: *El Quijote*

Pero no se trata de influencia, a no ser aquello que Severo Sarduy designaba como *retombée*, es decir, cierta resonancia que se escucha entre dos modelos, sin noción de contigüidad ni de causalidad, una cámara de ecos donde a veces el eco precede a la voz. Así como los libros plúmbeos fueron fabricados por un equipo de falsificadores, el *Quijote* también es atribuido a un equipo de autores ficticios, inventados por Cervantes, que le transmiten la historia al narrador.

Sin ninguna duda, el autor ficticio más célebre de este equipo fue Cide Hamete Benengeli.¹ Muchos recordarán que, en el capítulo nueve de la primera parte, el narrador explica que un día, estando en el Alcaná de Toledo, se encontró con un muchacho que vendía a un sedero unos cartapacios y papeles viejos escritos en caracteres arábigos. Los papeles atrajeron la curiosidad del narrador, que tenía una natural inclinación a leer cuanto material escrito cayera en sus manos, aunque fueran los papeles rotos de la calle. Al pedirle a un morisco que se los tradujera, descubrió, no sin sorpresa, que se trataba de la historia de don Quijote, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.

1 En este equipo de autores ficticios, tenemos también al grupo de académicos de Argamasilla, que escribe en unos pergaminos con letra gótica, una serie de sonetos y epitafios en memoria del insigne hidalgo, así como Sancho Panza y Dulcinea del Toboso, transcritos al final de la primera parte. Estos pergaminos se encontraban en poder de un antiguo médico, guardados en una caja de plomo, que había sido hallada en los cimientos derribados de una antigua ermita en obras, similar al caso de la caja de plomo hallada en la Torre Turpiana.

A este descubrimiento sucede una reflexión sobre la relación entre historia y verdad. Si a la historia de Cide Hamete Benengeli “se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos” (*Don Quijote* I, 9). El narrador prosigue: “cuando pudiera y debiera extender la pluma en sus alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales y verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición no les haga torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir” (*DQ* I, 9).

Se trata aquí del artificio del manuscrito encontrado, tan utilizado en las novelas de caballerías, que intenta presentar la ficción ocultando su carácter de ficción, confundiendo deliberadamente el régimen de la verdad (que corresponde a lo real) y el régimen de lo verosímil (que corresponde a lo imaginario) para suscitar la ilusión novelesca.

Pero en Cervantes hay algo más. Leído a la luz de los libros plúmbeos de Sacromonte, este pasaje adquiere otra dimensión. El escritor que inventa Cervantes, Cide Hamete Benengeli, el árabe, es un nuevo Epiménides, el cretense: un mentiroso que dice *miento*, produciendo una paradoja lógica que pone en abierta contradicción decir y hacer, sujeto de la enunciación y sujeto del enunciado.

Basta con leer el capítulo XXVII de la segunda parte, donde Cide Hamete dice “juro como católico cristiano”, a lo que el traductor agrega que “el jurar de Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano cuando jura, jura o debe jurar la verdad y decirla en lo que dijere, así él la decía, como si jurara como cristiano católico” (*DQ* II, 27).

1939: “PIERRE MENARD, AUTOR DEL QUIJOTE”

Borges define a “Pierre Menard, autor del Quijote” como su primera ficción. Borges también miente. Pero siempre en la mentira hay una forma de verdad. Lo primero nunca es lo primero. En el origen no está necesariamente el origen. Esta primera ficción fue precedida por otras ficciones, como por ejemplo las biografías de la *Historia universal de la infamia*, que

Borges describe en un prólogo de 1954 como “el juego de un tímido que no se animó a escribir cuentos y que se distrajo en falsear y tergiversar (sin justificación estética alguna) historias ajenas” (*Obras completas* 1: 291), y sobre todo “El acercamiento de Almotásim”, incluida en *Historia de la eternidad*, que se presenta como una reseña de la primera novela de un abogado de Bombay, Mir Bahadur Ali. Pierre Menard no hace más que radicalizar el género de la biografía de un autor imaginario que falsifica o tergiversa una historia ajena.

Pero hay una diferencia fundamental entre Pierre Menard y las ficciones que lo precedieron y lo sucedieron. Como ocurre en las buenas falsificaciones que intentan ocultar su carácter de falsificación, “El acercamiento de Almotásim” es una ficción que disimula la ficción (a tal punto que Borges se jacta de que algunos lectores intentaron conseguir el libro), mientras que “Pierre Menard” es una ficción que exhibe abiertamente desde el título su carácter ficticio: Pierre Menard escribe un libro que ya fue escrito y que para colmo de males es un clásico de la literatura española. Hasta los que nunca leyeron el Quijote saben perfectamente que Pierre Menard no fue el autor del Quijote.

No se sabe muy bien quién fue Pierre Menard. En la Biblioteca Nacional de Francia –que resueltamente recuerda a Borges no sólo en su arquitectura sino también en la organización de su catálogo– la entrada *Pierre Ménard* reúne a un conjunto de autores, como si todos los Pierre Menard fueran un único y solo autor, con varias manifestaciones.

En el siglo XVIII existió un Pierre Menard, hombre de letras con conocimientos muy sólidos y variados en matemática e historia, que dominaba el griego, el latín, el español y el alemán y que en sus ratos de ocio se dedicaba a escribir poesía. Fue traductor de Cirilo de Quío, de un manual de educación de príncipes y autor de la *Nouvelle science des temps, ou Moyen général de concilier les chronologies*.

En las postrimerías del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, existió también un Pierre Menard (o varios), que se dedicó (o se dedicaron) a la medicina y que publicó (o publicaron), entre otras obras, *De l'otite moyenne purulente* (1876), *Origine thyroïdienne du rhumatisme chronique progressif et déformant* (1892), *Conseil pratique au jeunes mères* (1920), *L'Écriture et le subconscient, psychanalyse et graphologie* (1931) y *Mata-Hari, danseuse, courtisane et espionne, d'après son écriture* (1932).

Gracias a estas obras injustamente omitidas en el catálogo del narrador, Daniel Balderston, quien también escribe una vida de Pierre Menard en su libro *¿Fuera de contexto?*, afirma que el doctor Pierre Menard fue un hombre de letras que nació hacia 1860, muy amigo de Paul Valéry y tímido discípulo de Freud. Este Menard grafólogo intenta aplicar la ciencia psicoanalítica al estudio de la letra, no sólo para conocer la personalidad de un individuo, sino también para poder distinguir el original de la copia y de este modo poder detectar falsificaciones. Los mejores expertos en falsificaciones, como se sabe, resultan ser los falsificadores.

Ahora bien, el Pierre Menard de Borges es un falsificador atípico. A diferencia de Miguel de Luna y Alonso del Castillo (e incluso de Cide Hamete Benengeli, el mentiroso), en lugar de disimular y ocultar, exhibe sin escrúpulos la superchería, forma mucho más eficaz y temible de falsificación, dado que se produce una confusión vertiginosa entre lo verdadero y lo falso, o si se prefiere entre la copia y el original, haciendo de la copia algo mucho más auténtico que el original.

El narrador de Borges afirma: “No quería componer otro Quijote –lo cual es fácil– sino *el* Quijote. Inútil agregar que no encaró nunca una transcripción mecánica del original. No se proponía copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran palabra por palabra y línea por línea con las de Miguel de Cervantes” (OC 1: 446).

Como advierte Michel Lafon, en *Borges ou la réécriture*, hay en este proyecto una contradicción fundamental. El *Quijote* de Pierre Menard no es plagio ni cita, tampoco copia ni reproducción de un texto precedente sino algo mucho más radical y a la vez extraño: la producción de un texto que ya fue escrito, como si este texto no hubiera sido escrito.

Si este *Quijote* es mucho más sutil que el original, es por un motivo que el narrador omite. Se trata de un *Quijote* post-freudiano, escrito después de la *Interpretación de los sueños*, *El chiste y su relación con el inconsciente* y, sobre todo, *La psicopatología de la vida cotidiana*. El *Quijote* escrito por Pierre Menard responde a la misma lógica que un sueño, un Witz o un lapsus. Más que de obra invisible, habría que hablar de obra inconsciente.

Pierre Menard conocía el *Quijote* de Cervantes. Lo había leído íntegramente durante su adolescencia, pero después lo había olvidado. “Mi recuerdo general del Quijote” –confiesa– “simplificado por el olvido y la

indiferencia, puede muy bien equivaler a la imprecisa imagen anterior de un libro no escrito” (OC 1: 448).

Al principio, tenemos una representación que es expulsada de la conciencia, es decir, olvidada bajo los efectos de la represión: el nombre de un pintor que no puede ser recordado, un libro leído que se transforma en un libro no escrito, el original que deja de ser original, el uno que ya no es uno. No por ello, la representación deja de existir. Siempre hay un retorno de lo reprimido. Pero lo que retorna no es la representación original sino una representación sustitutiva, tergiversada y en algunos casos falseada bajo los efectos de la condensación y desplazamiento. En lugar de Signorelli, Botticelli y Boltraffio. Famillionariamente, en lugar de familiarmente y millonario. En lugar del *Quijote* de Cervantes, el *Quijote* de Pierre Menard que se presenta, al igual que muchos clásicos del siglo XX, como una obra fragmentaria, inconclusa, sin relato, en ruinas, reducida a tres capítulos del original, entre ellos el capítulo noveno de la primera parte, donde el narrador revela que el autor de la historia es Cide Hamete, el mentiroso (referencia que, como saben, el narrador censura y amputa, no sin malicia, en la cita que elige para cotejar ambos *Quijotes*).

2008: *Une vie de Pierre Ménard*

Pierre Menard no escribió el *Quijote*, ni siquiera ese *Quijote* miniaturizado del que nos habla Borges. Lo que aparecía con tanta evidencia como una ficción no era finalmente una ficción sino una historia real, que Borges disfrazó de ficción. Pierre Menard no fue un personaje. Pierre Menard existió y yo tuve el privilegio de formar parte del círculo de sus íntimos: éste es lo que afirma Maurice Legrand, el narrador de *Une vie de Pierre Ménard*, quien da a conocer la vida de su amigo y maestro en una biografía fragmentaria, atomizada, inacabada, inconclusa, que a la manera de los biografemas barthesianos festeja ya no el retorno amistoso del autor, sino el del personaje, o mejor aún del autor-personaje.

Nietzscheano, Maurice Legrand no hace más que exacerbar, en esta insignificante historia de falsificaciones, la ficción como la más alta potencia de lo falso. Para denunciar una superchería, lo mejor es escribir otra superchería. Para rectificar una falsificación, lo mejor es producir otra falsificación.

En esta nueva vida, Pierre Menard nace el 18 de marzo de 1862 en la ciudad de Nîmes, en el seno de una familia burguesa. Comienza e inte-

rumpe estudios de medicina en Montpellier y se dedica a la literatura gracias a su fortuna familiar. Los acontecimientos más importantes en esta biografía de escritor, tan escuálida en hazañas, proezas y pasiones, fueron los proyectos literarios. A la manera de un arqueólogo, Maurice Legrand intenta exhumar, piedra por piedra, el catálogo de la obra de Pierre Menard, rectificando a su vez el catálogo que propone en su nota necrológica el narrador, que era a su vez una rectificación del catálogo falaz de Madame Henri Bachelier.

Pierre Menard sería el autor secreto de algunos de los textos más importantes de la literatura francesa de la primera mitad del siglo XX, como el *Cementerio marino* o *Monsieur Teste*, atribuido a su amigo Paul Valéry, o *Paludes*, atribuido a su otro amigo André Gide; el artifice de uno de los proyectos de falsificación más ambiciosos de toda la historia literaria que consiste en crear colectivamente a un autor genial atribuyéndole una obra maestra que se impusiera al tesoro de la literatura universal, como la *Biblia*, la *Iliada* o *Las mil y una noches*; el inventor de un nuevo método de traducción que pretende alcanzar la mayor fidelidad al original, haciendo de la lengua de llegada una lengua mucho más original y extranjera que la lengua de partida; el “innovelista” que, a pesar de su odio por la novela, escribe una novela de aventuras intitulada *La isla de Bloy*, homenaje a Féval, Ponson du Terrail, Poe, Dickens, Collins, Stoker, Stevenson.

De manera mucho más inesperada, Pierre Menard sería también una especie de escritor naturalista que, siguiendo los pasos de Rousseau o de Jean-Henri Fabre (pero un Fabre convertido a la religión vegetal), redacta un texto sobre el jardín botánico de Montpellier; un corresponsal que mantiene un asiduo comercio epistolar con Valéry o Gide, como se podía esperar, pero también de manera imprevista con Antonio Machado, Unamuno o Borges (quien describe su encuentro en 1919 en Montpellier con su maestro y precursor); un autor disperso, que deja seguramente lo esencial de su obra en una serie de papelitos; un escritor que se dedica fundamentalmente a no escribir (no es casual que uno de los sueños favoritos de Maurice Legrand sea abrir *Ficciones* de Borges y descubrir que Borges decidió atribuirle, en otra ficción equivalente pero diferente, la escritura de los tres capítulos del Quijote a Macedonio Fernández).

Pierre Menard imaginó su propia muerte, como la de Rómulo, en un papelito escrito hacia 1935. A fines del verano, desaparece en medio

de una tormenta. Aspirado por un huracán, nadie lo ve ascender hacia aquel cielo terrible, pero, de pronto, hospitalario. A decir verdad, muere en Montpellier a fines de agosto del año 1937 y es enterrado en el cementerio de Saint Lazare, entre cipreses infaustos, cuando ya el Error intenta empañar su Memoria.

Diego Vecchio
Université de Rouen

OBRAS CITADAS

Balderston, Daniel. *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1996.

Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. 4 vols. Buenos Aires: Emecé, 1996.

Case, Thomas E. "Cide Hamete Benengeli y los libros plúmbeos." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 22.2 (2002): 9-24.

Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. 2 vols. Madrid: Castalia, 1979.

Hagerty, Miguel José. *Los libros plúmbeos del Sacromonte*. Madrid: Editora Nacional, 1980.

Lafon, Michel. *Borges ou la réécriture*. Paris: Seuil, 1990.

---. *Une vie de Pierre Ménard*. Paris: Gallimard, 2008.